

# Miguel de Unamuno-Pablo de Alzola o “La cuestión del Ensanche”

*Dr. José Antonio Ereño Altuna*

*Ana Isasi Saseta*

Universidad de Deusto

A primeros de Abril de 1893 tuvo lugar entre dos ilustres personalidades bilbainas una polémica poco conocida en torno a las modalidades de la construcción del Ensanche de Bilbao. Todo ello en periódicos de la capital vizcaina: en *El Nervión* escribiría, desde Salamanca, ExUristo o el desterrado, pseudónimo detrás del cual se amparaba Miguel de Unamuno y Jugo, y en la República el Señor X, es decir, Pablo de Alzola y Minondo

Nos permite descubrir dos posturas contrapuestas ante el fenómeno del ensanche, dos ideas distintas de lo que Bilbao debía ser. Pablo de Alzola, por una parte, empeñado en hacer de Bilbao, en nombre de ideas progresistas e innovadoras, una ciudad moderna e importante. Unamuno, por otra, empeñado en discutir, en nombre de una protesta socialista que empieza a hacerse visible y en nombre del Bilbao de su corazón (el Casco Viejo de su niñez), el ensanche por la campa de Albia.

## **M. Unamunoren eta P. Alzolaren ametsetako Bilbo haiek aurrez aurre**

1893ko apirilaren hasieran, Bizkaiko hiriburuko egunkari bitan agertutako iritziak zirela-bide, eztabaida interesgarri bezain ezezaguna izan zuten garaiko bilbotar handi bik egiteko asmoa zegoen Bilboko Zabalguneari buruz. Salamancatik “ExUristo” edo “el desterrado” ezizenez bere iritziak *El Nervión*en argitaratu zituen Miguel de Unamuno y Jugok eta Pablo de Alzola y Minondok bereak *La Republicana* “el Señor X” izengoitiaz.

Zabalgunearen inguruan jarrera kontrajarri bi eta Bilbok izan bahar zuenaz ideia bi azaltzen zaizkigu. Pablo de Alzolak, batetik, ideia aurrerakoi eta berritzaileen izenean Bilbo hiri moderno eta garrantzitsua izatea nahi zuen. Unamuno, bestetik, azaleratzen hasia zen protesta sozialistaren eta bere bihotzeko Bilboren (haurtzaroko Zazpi Kaleen) izenean Albiako landatik hiria zabaltzeko idearen inguruan eztabaidatzen saiatu zen.

## **The dispute between M. Unamuno and P. Alzola over the dreamt Bilbao**

At the start of April 1893, a little known polemic took place between two illustrious personalities of Bilbao over the possible variants in the building of the Expansion of Bilbao. This polemic appeared in journals of the capital of Biscay: from Salamanca, M. Miguel de Unamuno y Jugo, using the pseudonym (????) or the exile, wrote in *el Nervión*, while Mr. X, that is to say Pablo de Alzola y Minondo, wrote in *la República*.

It enables us to discover two counterpoised positions regarding the phenomenon of the Expansion, two different ideas of what Bilbao should become. On one side, in the name of progressive and innovative ideas, Pablo de Alzola was determined to make Bilbao a modern and important city. On the other, M. de Unamuno, in the name of a socialist protest that was becoming visible and in the name of the Bilbao dear to his heart ( the Old Quarter of his childhood), argued for the Expansion to be built in the field of Albia.

A primeros de Abril de 1893 tuvo lugar entre dos ilustres personalidades bilbainas una polémica poco conocida en torno a las modalidades de la construcción del Ensanche de Bilbao. Todo ello en periódicos de la capital vizcaína: en *El Nervión* escribiría, desde Salamanca, *Exóristo* o *el desterrado*, pseudónimo detrás del cual se amparaba Miguel de Unamuno y Jugo, y en *La República* el *Señor X*, es decir, Pablo de Alzola y Minondo<sup>1</sup>.

La polémica podría parecer a primera vista tan desigual que debiera haber desanimado a Unamuno. Pablo de Alzola, que para entonces había ejercido como Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en varios lugares (Málaga, Palencia, Vizcaya...) y había sido alcalde de Bilbao en el inicio de la construcción del Ensanche, de cuya comisión fue presidente, sabía de qué estaba hablando, es decir, llevaba muchos años interesado por la "cuestión del Ensanche". Ya en 1871 había escrito en el periódico *Iruac-Bat*, *Breves indicaciones de las mejoras de que Bilbao es susceptible*, y sobre todo a él, a Severino Achúcarro y a Ernesto Hoffmeyer y Zubeldía, se debían las grandes líneas de la manera como Bilbao debía "ensanchar", tal como aparecen en la *Memoria del proyecto del ensanche de Bilbao. 1876* (Bilbao, Delmas, 1878). A lo que añadió luego otros muchos artículos sobre lo mismo, en concreto los que están en el origen de la polémica con Unamuno y que recogió bajo el título de *La Cuestión del Ensanche*. En todos estos momentos es fácil ver su formación de ingeniero, o cómo se sentía a gusto y a sus anchas cuando se planteaba la cuestión del Ensanche en términos técnicos.

No serían, sin embargo, los números ni las precisiones de especialista el terreno elegido por Unamuno, que aportaría a la discusión una sensibilidad distinta, más preocupada por cuestiones de principio, morales y de justicia social.

Se trata, como hemos dicho, de una polémica poco conocida, pero muy significativa. Nos permite descubrir dos ideas distintas de lo que Bilbao debía ser, la de quien, en nombre de ideas progresistas e innovadoras, estaba empeñado en hacer de Bilbao una ciudad moderna e importante, y la de quien, en nombre de una protesta socialista que empieza ahora a hacerse visible y... en nombre del Bilbao de su corazón (el del Casco Viejo de su niñez), estaba empeñado en discutir ese mismo ensanche por la campa de Albia...

\* \* \*

---

<sup>1</sup> Los artículos de Unamuno no han sido recogidos en ninguna de las ediciones de sus obras completas, sino en dos recopilaciones, *Unamuno. Escritos socialistas. Artículos inéditos sobre el socialismo, 1894-1922*. Edición a cargo de Pedro Ribas. Madrid. Ayuso. 1976, y *Unamuno. Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924)*. Edición de D. Núñez y P. Ribas. Madrid. Fundación Banco Exterior. 1992. P. Alzola, por su parte, recogió sus artículos (después de revisarlos) en la publicación, *La cuestión del Ensanche. Artículos del Sr. X en contestación al Sr. Exóristo*. Bilbao. Tipografía de la Viuda de E. Calle, 1893.

Es sabido que en junio de 1891, después de los cuatro ejercicios reglamentarios, Unamuno fue designado catedrático de lengua griega de la Universidad de Salamanca, donde se instaló a comienzos de octubre de ese mismo año. No perdería por eso contacto con Bilbao, donde pasaría parte de los veranos de 1892 y 1893. El primero de sus hijos, Fernando, nació en la Villa el 3 de Agosto de 1892... Siguió, sobre todo, colaborando en sus periódicos sobre asuntos bilbainos y vascongados. En un principio "pacíficamente". Sólo en los primeros meses de 1893, en los momentos anteriores a las elecciones a diputados de marzo, reanuda su tradición polemista, interrumpida durante algún tiempo, desde su enfado en Julio de 1889, cuando no logró suceder a Trueba como cronista y archivero de Vizcaya. En lo que a nosotros interesa todo comenzó en esos meses, y cuando decimos *todo* estamos pensando tanto en su polémica contra Chávarri y sus amigos como en su polémica con Alzola a cuenta de la construcción del Ensanche.

### I. Contra el caciquismo de Chávarri, Solaegui y Cía.

Fue el periódico *El Nervión*, secundado pronto por *La Unión Vasco-Navarra*, el que inició y mantuvo durante los días anteriores a las votaciones generales una dura campaña contra el caciquismo vizcaino, contra las candidaturas "inmorales" de Víctor Chávarri, Martínez Rivas, Federico Solaegui y otros, sostenidos, a su vez, por los periódicos republicanos, *La República*, donde (conviene retenerlo desde ahora) escribe Pablo Alzola, *El Porvenir Vascongado*, "organillo local del posibilismo", y el fusionista y "chavarrista" *Diario de Bilbao*.

Esos caciques bilbainos, sólo atentos al interés propio, no al interés público de la provincia, no representaban, según *El Nervión*, a nadie, ni tan siquiera a los propios industriales, y eran los culpables de que el cuerpo electoral estuviese corrompido, de que Vizcaya entera fuese "víctima de una decadencia moral" espantosa. Imposible votar a todos estos "guardianes" (¿) de los intereses de la provincia, dispuestos a comprar el cuerpo electoral a base de dinero. Sobre todo, era necesario luchar contra Solaegui en Bilbao. No se podía otorgar su confianza a un hombre de negocios "que se prevale de su significación republicana para madurar y sacar adelante los suyos". Porque debía saber todo el mundo que en las próximas elecciones no se iba a luchar por una cuestión política, ni tan siquiera por el acta de diputado sino por "ciertos proyectos ensanchistas", por la realización "de una serie de negocios que Solaegui y varios compadres suyos quieren realizar a costa del municipio bilbaino".

La elección, por tanto, de Solaegui sería funesta para Vizcaya y sobre todo para Bilbao y, por ello, la clase obrera no sólo no debía votar a ese candidato *panamista* sino que debía ir contra él. Era necesario que la parte "sana" e insobornable de Bilbao se reuniese detrás de la campaña electoral de quien

representaba y el decoro del país, la candidatura independiente y “antipanamista” de Adolfo Urquijo y Goicoechea, candidato de la *Unión Electoral*.

“Guerra a la corrupción y a la inmoralidad y que Vizcaya elija libremente sus representantes entre los hombres que más valen y más cariño sienten por el país, y no entre vulgares ambiciosos que no pueden ostentar más títulos que su soberbia y su bolsa”.

Cuando la polémica ya estaba bastante avanzada, Unamuno, que la había seguido con interés, intervino con un artículo, *La Candidatura del trabajo* (28-II-1893), que retomaba, aunque con mayor carga irónica, los argumentos expuestos por *El Nervión*, sobre todo en dos de sus artículos, *Los obreros contra Solaegui* (20-II-1893) y *Lucha de intereses* (23-II-1893).

Esos trabajos (“negocios” más bien) ciclópeos (el parque, la alameda, etc.) que planeaba para Bilbao la sedicente “candidatura del trabajo” de Víctor Chávarri, Federico Solaegui y amigos, serían, según *Exóristo* (pseudónimo que ahora utiliza Unamuno por vez primera), una desgracia para el pueblo de Bilbao. Como el Ayuntamiento de la Villa no tenía dinero para esos trabajos costosos, tendrían que hacerse con el dinero de todos, lo que empobrecería a los bilbainos. La concurrencia, además, de muchos obreros que acudirían de fuera para estos trabajos impediría, de acuerdo con “la ley férrea del salario”, que subiese el salario medio, pero encarecería, en cambio, la vida de la clase trabajadora, que vería subir el precio del pan, del agua, del fuego y del techo. Y no valía decir que habría trabajo, que esas obras eran necesarias para dar trabajo al pobre. Lo que hacía falta era que el trabajo fuese útil y necesario, pues si lo producido no valía lo que costaba se le quitaba a uno “con una mano lo que se le da con la otra”. Los únicos que llenarían sus bolsillos con trabajos sin ninguna utilidad pública serían los interesados en su ejecución. ¡Y esos eran, precisamente, los que tenían el descaro de presentarse como “llenos de amor al pobre obrero”, como los “apóstoles de la candidatura del trabajo”!

No terminó aquí esta primera polémica de Unamuno. Unos pocos días después de celebradas las elecciones a diputados, volvería a la carga con su artículo *El gran Duque-Pastor. Narraciones siderianas*, una fábula político-social contra el caciquismo de Víctor Chávarri y sus pretensiones por convertirse, gracias a su dinero, en el nuevo señor y salvador de Vizcaya que dictaría la ley desde una nueva Casa de Juntas, el Club Náutico.

¿Qué enseñanza se desprendía de toda esta áspera lucha electoral que acabamos de seguir en sus rasgos esenciales? El 11 de noviembre de 1894 y el 9 de noviembre de 1895, en dos artículos publicados en *La Lucha de Clases*, *Unos y otros*, y *Las dos...aristocracias*, Unamuno analizó retrospectivamente el secreto significado de esta áspera lucha electoral.

Una cosa sobre todas deseaba poner en relieve. En las últimas elecciones se habrían enfrentado dos espíritus, uno nuevo, el de la burguesía de los

empresarios recientemente enriquecidos en la explotación minera y que irrumpían en la vida política de manera militante y agresiva, y otro viejo y ya conocido, el de la aristocracia de los antiguos *jaunchus*, los ex-mayorazgos e hidalguillos de abolengo, propietarios de la tierra. La entrada de Bilbao en la explotación en grande, en la fase industrial moderna, lo que es tanto como decir en la historia contemporánea, habría, pues, convertido la lucha política electoral en una lucha feroz entre dos fuerzas sociales con intereses distintos, la conservadora y la liberal, o, según la terminología tradicional, la aristocracia y la burguesía, fuerzas más profundas que la "cuestión ferroviaria" de la que tanto se habló entonces. El enfrentamiento entre varios grupos de capitalistas con motivo de los distintos planes de construcción de un ferrocarril de Bilbao a San Sebastián sólo sería, en realidad, el elemento simbólico de una oposición más profunda...

## II. Pablo de Alzola y el Ensanche de Bilbao

Quince días después de *Narraciones Siderianas*, Unamuno publicaría, con motivo esta vez de las próximas elecciones municipales previstas para mayo, un artículo en que pedía a los candidatos a concejales del Ayuntamiento de Bilbao "sus propósitos respecto a los grandes negocios en expectativa, su opinión referente a la oportunidad y utilidad de los caminos por que quieren lanzar a Bilbao algunos señores que tiran de los hilos de algún que otro teatrillo Guñol y mangonean este o el otro partido, fija la vista en sus particulares intereses". No se nombraba a nadie, aunque es fácil suponer a quiénes se estaba refiriendo...

Pues bien, este artículo, *Reflexiones sobre la próxima lucha*, que no contenía nada especial respecto de otros artículos anteriores aparecidos en *El Nervión*, abriría el debate con Pablo de Alzola, que captó rápidamente las alusiones contrarias a la construcción del Ensanche. He aquí, pues, cómo una discusión en torno a las elecciones municipales terminó convirtiéndose en una polémica en torno al Ensanche de Bilbao, sin dejar por eso de ser, lo mismo que la polémica anterior, una lucha contra el caciquismo bilbaino. Es necesario, por tanto, antes de seguir adelante, que nos detengamos aquí un poco y digamos algo sobre este contrincante de Unamuno que tanta parte activa había tenido en lo que respecta al proyecto y puesta en práctica del nuevo plano de urbanización bilbaina. Cosa que no es del todo fácil.

A Pablo de Alzola y Minondo, de gran prestigio en su época, nadie le ha dedicado, si no nos confundimos, el estudio detenido que merece y que, de escribirlo alguien, nos descubriría, a la vez, al Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos de indudable talento, y al político comprometido, es decir, al hombre empeñado en unir el pensamiento a la acción, al hombre entregado sin desmayo (y sin rehuir la polémica) a hacer de la ciencia un fermento de transformación social.

Pablo de Alzola perteneció, sin duda, al campo de los que abominaban la quietud y el estancamiento estériles, ansiando, según sus palabras en el *Discurso pronunciado en San Sebastián en la sesión inaugural de la Sociedad Económica Vascongada de Amigos del País en la tarde del 21 de mayo de 1899* (Bilbao, La Casa de Misericordia, 1902), “que los vientos de renovación vivifiquen a esta desgraciada España para lanzarla hacia el campo recorrido triunfalmente por los pueblos más afortunados” o, como lo haría en otro lugar, exigiendo que “los espíritus se levanten, que se rompa la tradición del *misonéismo*, que no se mire nunca hacia atrás, sino *adelante...*”.

Sus múltiples libros, folletos, conferencias, discursos, etc., sobre cuestiones políticas, económicas, sociales, educativas, sanitarias, de beneficencia social, etc., es decir, sobre cuestiones que iban más allá de lo que normalmente se cree es el terreno propio de un ingeniero, dan testimonio de cómo las consideraciones y soluciones prácticas y concretas que permitían un paso hacia adelante se inspiraban, al menos intencionalmente, en planteamientos científicos y en la práctica de los países más avanzados.

Toda su obra, pues, que a primera vista podría parecer inconexa y dispersa en múltiples direcciones, aparece sostenida por la convicción de que el fomento de la riqueza y la modernización social, especialmente (no exclusivamente) del País Vasco y más aún de Bilbao, pasaba con toda necesidad por plasmar en la práctica de los tiempos nuevos las exigencias de la ciencia más actual. Para lo que contó con armas de primera calidad, su preparación técnica, naturalmente, pero también la alcaldía de Bilbao (1877-1879)<sup>2</sup>, la presidencia de la Diputación Provincial 1886-1890<sup>3</sup>, las actas de diputado y de senador y los principales puestos en la dirección y administración de múltiples empresas públicas y privadas.

Ahora bien, es necesario tener en cuenta algunas cosas. En primer lugar, que toda esta búsqueda de modernidad económico-social fue intentada desde una política monárquica conservadora. De ahí su aversión por los “principios

---

<sup>2</sup> Los logros de Alzola al frente del Ayuntamiento de Bilbao están consignados en *Colección de los informes y documentos más interesantes que constan en las actas del Ayuntamiento de esta Invicta Villa correspondiente al período administrativo comprendido entre el 1º de Abril de 1887 y el 30 de Junio de 1879* (Bilbao. Viuda de Delmas. 1879). El capítulo I (págs. 16-48), con desarrollos que se repiten a veces literalmente en otros lugares, está dedicado a “El ensanche de la Villa”, una de sus mayores preocupaciones desde el comienzo de su alcaldía. “Cuando tomamos posesión en 1º de abril de 1877, manifesté en la sesión inaugural que estábamos llamados a iniciar el ensanche...” *Gran Vía López de Haro. 1879*

También se encuentran noticias aprovechables en los *Presupuestos del Ayuntamiento de Bilbao para el año 1878*. Bilbao. Viuda de Delmas. 1877

<sup>3</sup> Lo fundamental de su actuación al frente de la Diputación puede verse en el *Discurso pronunciado por el Sr. D. Pablo de Alzola, Presidente de la Diputación de Vizcaya en la sesión celebrada el 29 de diciembre de 1890* (Bilbao. Imprenta Provincial Iturrubide. -Patio del Instituto, 1890).

de violencia y radicalismo", por las soluciones extremas y revolucionarias, por los tiempos, por ejemplo, que le tocó vivir de joven, los de la revolución de 1868, que "desató la furia popular y desencadenó los elementos subversivos originando un período de larguísimas perturbaciones y guerras civiles".

Pero que nadie saque falsas conclusiones. Porque si se sigue detenidamente muchas de sus iniciativas como alcalde, por ejemplo, o presidente de la Diputación, es fácil ver cómo este conservador sabía poner restricciones al derecho de propiedad "por sagrado y respetable" que fuese, o promover la *socialización municipal*, o *socialismo municipal* (eran las expresiones que se empleaban en la época) de algunos servicios públicos (el agua y el gas, por ejemplo), y esto "precisamente en la época en que predominaban las ideas de la Economía Política clásica, contrarias en absoluto a la ingerencia del Estado y las corporaciones administrativas a toda clase de empresas industriales".

En lo que respecta al País Vasco ese conservadurismo político adoptó las formas del fuerismo moderado. Elegido alcalde de Bilbao pocos meses después de la ley abolitoria de los fueros (21-VII-1876), Pablo Alzola perteneció al fuerismo transigente, a aquellos fueristas inclinados a contentarse con ciertas ventajas, con descentralizaciones administrativas, con "conciertos económicos" fiscalmente provechosos... Perteneció, en suma, durante el período de "excitación que produjo en el País Vasco la ley de 1876", al grupo de aquellos fueristas más atentos al "imperio de los negocios" que al imperio del derecho, como les acusaría Fidel de Sagarmínaga, jefe de fila de los fueristas intransigentes.

Y si trasladamos ese conservadurismo de base al plano económico, ¿pueden extrañar sus continuas intervenciones en uno de los combates preferidos por él (y por la *Liga Vizcaína de Productores*, de la que fue dos veces presidente), la "cuestión arancelaria", todo ese mundo de "franquicias aduaneras", "tarifas especiales", "derechos arancelarios", en cuya discusión se sentía tan a gusto? Siempre, naturalmente, para combatir las ideas y prácticas librecambistas, para defender con medidas proteccionistas los mercados nacionales, o, según fórmula de *Juan de Aragón* que hizo suya, para "nacionalizar el industrialismo patrio".

Por todo esto, si hablar de Pablo Alzola es tanto como seguir de cerca la riqueza y el crecimiento imparable de Bilbao, cuyo plan de ensanche él mismo redactó y comenzó a llevar a la práctica desde la alcaldía de Bilbao o, más en general, si hablar de Pablo de Alzola es tanto como situarse en medio de los múltiples retos económicos y sociales que la creciente industrialización planteaba al País Vasco, no es menos cierto que las soluciones propuestas, por científicas e ilustradas que pretendiesen ser, eran inseparables de una manera de ver las cosas, la de los grupos burgueses dominantes, a los que incluso llegó a estar unido por lazos familiares.

No le perdonarían todas estas cosas algunos grupos políticos, como se vió el mismo día de su muerte, cuando en el Ayuntamiento de Bilbao se rechazó

la proposición para que la Corporación en pleno asistiese a su entierro. Esa oposición tuvo nombres y apellidos, Rufino Laiseca y Oronoz, por parte de los socialistas, y Eugenio de Picaza, por parte de los nacionalistas.

No pudo evitar, pues, la opinión desfavorable de los socialistas, que veían en él a un representante del capitalismo que atacaban, ni la de los nacionalistas, que no apreciaban sus profesiones de fe autonomistas y descentralizadoras. Sabino Arana, que sabía bien con quién se jugaba los cuartos, hizo de él en su artículo de 1895, *La manifestación burgués-socialista (O.C. Sabindiar-Batza*. Buenos Aires, 1965, p.466), la siguiente caracterización con motivo de una “payasada”, de un meeting burgués-socialista en los Campos Elíseos:

“*Payasada* hemos dicho y en efecto: allí verían ustedes al gran burgués don Pablo Alzola codeándose con el jefe del socialismo Pérez Agua. Contraste *chirene*, a primera vista, pero la cosa más natural del mundo sin embargo, si se tiene en cuenta que el maketófilo Alzola iguala y tal vez supera en maketismo al mismo maketo Pérez”.

También es verdad que Alzola no se quedó corto en sus juicios condenatorios tanto del socialismo revolucionario como de las pretensiones nacionalistas...

Nosotros no estamos interesados en seguir al detalle todas las peripecias de su vida, todos sus múltiples centros de interés. Sería algo que iría más allá de nuestro propósito, que se limita a seguir un poco de cerca su combate ensanchista, su empeño en hacer de Bilbao, aprovechando el desenvolvimiento minero y fabril de Vizcaya, una ciudad de primera fila. Vamos, pues, a limitarnos a esto, que es, precisamente, donde se ve mejor su lucha porfiada y tenaz contra los enemigos de todo progreso, la rutina, la pequeñez de miras y la falta de iniciativa.

Pues bien, es en 1871, al año siguiente a la primera anexión, cuando Pablo de Alzola, que es posible que para entonces hubiese ya recibido el encargo de un nuevo proyecto del Ensanche, comenzó su combate ensanchista. Estos serían los momentos más importantes:

1871. *Breves indicaciones de las mejoras de que Bilbao es susceptible.*

Se trata de una serie de cuatro artículos periodísticos publicados en el *Iru-rac-Bat* y que él mismo (excepción hecha del primero, que se le había extraviado), antepuso pegados a su folleto, hoy día existente en la Biblioteca Nacional, *La cuestión del Ensanche*. Estos artículos (II, *Necesidad de un plan de ensanche*, III, *Solución económica del problema del ensanche*, IV, *Medios que puede emplear la municipalidad para fomentar el ensanche*) son, que nosotros sepamos, su primera intervención pública en la cuestión del ensanche, la primera oportunidad para expresar algunas de sus ideas predilectas que ya no abandonará.



1873. Para el 1 de agosto ya estuvo concluida la *Memoria del proyecto de ensanche de Bilbao*, de Pablo de Alzola, Severino Achúcarro y Ernesto Hoffmeyer, que sería aprobada en 1876.

1876. A finales del año 1876, pocos meses después, por lo tanto, de haber sido aprobado el proyecto del Ensanche que él mismo había redactado, y unos pocos meses antes de ser elegido alcalde de Bilbao, Alzola publicó, también en el *Iurac-Bat*, un artículo en seis entregas, con el título de *Proyecto de ley de ensanche de población*. Su intención era comentar las modificaciones que el nuevo proyecto, leído en el Senado (25-XI-1876) por el Ministro de Fomento, Conde de Toreno, introducía tanto en la ley de ensanche de poblaciones vigente del 19 de Junio de 1864 como en el reglamento para su ejecución del 23 de Abril de 1867.

1877. (27 de setiembre). Pocos meses después de convertirse en alcalde de Bilbao, Pablo de Alzola, en nombre de la *Comisión de Ensanche*, de la que era presidente, sometió a la consideración de la Corporación bilbaina las *Bases para la realización del Ensanche*.

La solicitud de dos propietarios de la parte anexionada para construir con sujeción al proyecto aprobado proporcionaba la ocasión para poner en claro y fijar los principios generales que debían presidir la urbanización bilbaina. Una vez más el problema mayor era el económico, teniendo en cuenta que no se podían aplicar en todas sus partes a Bilbao ni la ley de ensanche vigente (22-XII-1876), ni el *Reglamento para su ejecución* (19-II-1877).

1879 (Junio). Como el perímetro de la primera anexión, irregular y sinuoso, hacía imposible en algunos puntos llevar a cabo el plano de la nueva población, los autores de la *Memoria* habían aconsejado que "se llevase a cabo la rectificación de los límites". Esta propuesta quedó aceptada al aprobarse el proyecto de ensanche (30-V-1876) y la rectificación de los límites jurisdiccionales de Bilbao se llevó a cabo, una vez más con la oposición del alcalde de Abando, el 26 de junio de 1879.

En agosto de este mismo año, Pablo de Alzola, creyendo ver en la moción presentada por Natalio Alonso para pedir la apertura inmediata de la Gran Vía una crítica a su gestión en la alcaldía, volvió una vez más a exponer sus ideas en torno al Ensanche en un artículo de cuatro entregas, *Gran Vía de López de Haro*.

1886. En setiembre de este año Alzola daba término al folleto, *Expropiación forzosa*. Examen del Proyecto de ley presentado a las Cortes por el Excmo. Señor Ministro de Fomento Don Eugenio Montero Ríos (Madrid. Imprenta de Fortanet), destinado a demostrar lo perjudicial y funesto que sería para el desarrollo de las obras públicas, sobre todo si la promovían empresas particulares, el que "llegase a prosperar sin modificaciones radicales" un proyecto que hacía muy difícil la expropiación forzosa.

1890.(1 de julio).Anexión definitiva del Ayuntamiento de Abando, que Alzola comentaría en varios sitios, en *Las anexiones a Bilbao (Euskal-Erria, LXV, págs,213-4)*, y en la noticia necrológica consagrada al que por entonces era alcalde de Bilbao, José María de Lizana, Marqués de Casa-Torre.

1891. En un artículo *El Ensanche*, que llevaba la advertencia manuscrita por Alzola de que no era suyo pero que tenía datos facilitados por él, se volvía a insistir en que, teniendo en cuenta la ley de ensanche, los ayuntamientos se veían obligados a hacer grandes sacrificios para llevarlo a cabo, pero que en Bilbao se hacía en buenas condiciones económicas

“porque aquí no sólo dejan los propietarios el quinto del terreno total para vías públicas con arreglo a la ley, sino que se les obliga a dejar el total que corresponda a las calles.

(...)Como se ve, los propietarios no solamente ceden sus terrenos gratuitamente al ayuntamiento tomando como base el convenio celebrado con el Sr. Isasi primero y con el Sr. Arana y otros más adelante, sino que pagan también y con creces el coste de apertura de calles...”

1892. En el *Arte Industrial en España* (Bilbao. Imprenta de la Casa de Misericordia), después de reconocer la deuda contraída con las ideas de Ildefonso Cerdá, autor del proyecto de ensanche de Barcelona y de una *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*. (Madrid, 1867), volvía a insistir sobre las soluciones adoptadas para esquivar las dificultades que presentaba la construcción del Ensanche bilbaino.

Y llegamos así en nuestro análisis del pensamiento de Alzola al año 1893, el de la polémica con Unamuno. Con la sensación de que no es muy difícil hacer un balance de todos estos distintos desarrollos que hemos ido siguiendo, desde 1871, que es, que nosotros sepamos, cuando empiezan sus combates ensanchistas. En todos ellos se puede distinguir un pequeño número de ideas defendidas por Alzola con la tenacidad, el empeño y la porfía que sabía emplear en todo aquello que se proponía de veras: la necesidad, por ejemplo, que tenía Bilbao, por falta de espacio, de ensancharse, y de ensancharse no de forma empírica y desordenada, sino de acuerdo con un “plan general de urbanización”, el derecho que asistía a la administración para poner límites a la propiedad individual, la conveniencia de una legislación que removiese los obstáculos que se oponían a la construcción de los ensanches y, en el caso de Bilbao, la entera necesidad de que los propietarios cediesen los terrenos necesarios para la construcción de las calles.

Esto último, que no era enteramente nuevo, porque, como él mismo lo reconoce, ya se había hecho en Albia al comienzo de los años setenta, bastantes años antes, por lo tanto, de convertirse en alcalde de Bilbao, era la idea

central de su pensamiento en cuestiones del Ensanche. Y con razón porque, teniendo en cuenta que el diferente sistema de tributación existente en Bilbao privaba a su Ayuntamiento de una subvención tan importante como la contribución directa de las nuevas urbanizaciones que el Estado cedía a los Ayuntamientos durante veinticinco años, esa entrega de terrenos por parte de los propietarios era la única manera de evitar al Ayuntamiento el enorme costo que supondrían las expropiaciones. Y como el Ayuntamiento no podía ampararse en la ley para exigirla y superar así la resistencia (a veces muy dura) de los propietarios, era necesario contar con la cooperación y buena voluntad de éstos, que podrían compensar esa pérdida inicial con los beneficios de la plusvalía que les reportaría la urbanización...

Una última cita, extraída de su conferencia de 1903, *El colectivismo y las reformas* (p.25-26), va a servirnos para cerrar todo esto. La hemos elegido porque se trata de un texto autobiográfico en que Alzola resume el núcleo fundamental de sus empeños ensanchistas.

“Pensaba también que el derecho de propiedad, por sagrado y respetable que sea, se halla sujeto a las restricciones y servidumbres que establece la ley de enajenación forzosa por causa de utilidad pública, las ordenanzas municipales, la vecindad de las carreteras y ferrocarriles, de los ríos y los puertos, mas, al verme precisado a llevar al terreno de la práctica el Ensanche de Bibao, se me ofreció una dificultad gravísima.

Por el sistema privativo del País Vasco, no regían aquí los tributos que habían de dotar de tributos a la caja especial del Ensanche, y como los propietarios del Casco Viejo se alarmaron ante la realización del proyecto y suscitaban las dificultades previstas en la *Memoria del Proyecto* que redacté como ingeniero encargado del estudio, tuve que saltar por encima de la ley, exigiendo a los dueños de los terrenos la *cesión gratuita de las fajas necesarias para todas las vías públicas*.

Obré en ello con el convencimiento de que las servidumbres que imponen los edificios sobre las calles constituyen a estas en una especie de patios o dependencias de las casas, requiriendo tal circunstancia y el aumento de precio que origina la urbanización aquel sacrificio por parte de los propietarios. No vacilaron algunos en negarse rotundamente a mis pretensiones, que se calificaron de *socialistas*, pero se fueron atando los cabos, y el Ensanche de Bilbao es el único de España realizado por tales medios, con muy escasos sacrificios de las arcas municipales”.

Pero, una vez más, una cosa es la teoría y otra la práctica. Queremos decir que hubo demasiados intereses en juego y que no siempre pudieron evitarse los conflictos. Y todo ello trascendió a la prensa. Es posible, por eso, que la

lectura de los periódicos del momento, especialmente *El Nervión* y *El Noticiero Bilbaino*, nos permita conocer el impacto de la construcción de los nuevos barrios en la opinión pública, y nos ayude así a corregir un poco la imagen que de sí mismo y de su obra estaba Alzola empeñado en transmitir.

Según *El Noticiero Bilbaino*, favorable a los ensanchistas, la paralización y lentitud con que progresaba la construcción del Ensanche no sólo se debía, sobre todo, al alto precio de los terrenos de Albia sino también al Ayuntamiento, que parecía sólo favorecer al Casco Viejo y desatender las nuevas construcciones. Ésa era también la opinión del propio Pablo de Alzola, que en los artículos, *Los presupuestos del ensanche* (1892) y *Cosas Municipales* (1893), afirmaba que del examen detenido de los libros de presupuestos generales y del análisis de los tan cacareados gastos extraordinarios originados por el Ensanche sólo se deducía el abandono a que parecía estar condenado el nuevo Bilbao.

No pensaba lo mismo *El Nervión* (*El Ensanche*, 28-XI-1892), que no quería ver al Ayuntamiento embarcado en peligrosas aventuras financieras si cedía ante las pretensiones de los propietarios, es decir, que deseaba evitar el peligro (denunciado también por Unamuno) de que la construcción del Ensanche, sólo una parte de Bilbao, terminase haciéndose a costa de todo el vecindario...

La cosa se animó aún más en este sentido cuando *El Noticiero Bilbaino* publicó el 13 de diciembre de 1892 el escrito que la sociedad propietaria de terrenos *La Perla* acababa de entregar a los concejales bilbainos con las quejas que dirigía al Ayuntamiento por haber ido postergando, desde el 20 de febrero de 1890, el expediente de apertura de la alameda de Mazarredo... ¿Cómo no se había resuelto un expediente que no ofrecía dificultades? Porque la cosa era fácil: o se expropiaba los terrenos de *La Perla* o, según la *Real Orden* de 21 de julio de 1886, se permitía a los propietarios edificar con sujeción a las ordenanzas municipales, “salvo en lo que se refiere al emplazamiento del edificio, que será libre para el dueño mientras no se le indemnice el valor del terreno”.

La cosa, una vez más, no parecía tan sencilla al periódico *El Nervión*. Estaba claro, por una parte, que el Ayuntamiento no estaba en disposición de expropiar (que era lo que en el fondo deseaba la Sociedad) “la faja de terrenos de *La Perla*”, ya muy costosos, pero en ese caso estaba igualmente claro que no podía impedir que los dueños construyesen casas de vecindad. Sólo que..., esos terrenos, que estaban en uno de los lados de la alameda de Mazarredo, se habían reservado en el plano del Ensanche para jardines, y los propietarios del lado opuesto

“reclaman contra esas edificaciones, protestando de que se les irroga grandes perjuicios levantando edificios en una parte que con arreglo al plano del Ensanche debe estar despejada, pues teniendo en cuenta ese plano compraron sus terrenos o edificaron sus casas”.

La cuestión era, pues, verdaderamente compleja y explicaba esa postergación del expediente de que se quejaba la sociedad *La Perla*. Además..., ¿quién era el autor de las quejas del impreso? Para ese mismo periódico no había dudas: Pablo de Alzola. Y si estaba, como parecía, escrito por él, ¿de qué protestaba? Era el menos indicado para quejarse contra el actual Ayuntamiento, que no había hecho sino tomar las cosas donde otros, sobre todo él, las habían dejado.

“Los terrenos de *La Perla* han adquirido ya un precio elevado, se dice en el escrito. ¿Por qué no les expropió el señor Alzola, cuando siendo alcalde comenzó la apertura de calles en el Ensanche, así como lo hizo con los terrenos destinados a la plaza del mercado?

Es que de todas las mezquindades y de todos los vicios que el Sr. Alzola señala con respecto al Ensanche, él y nadie más que él es el responsable. Comenzó la urbanización de calles por un extremo bastante apartado, dificultando con esto el primer impulso que indudablemente hubiera sido mucho mayor de lo que fue, y celebró un contrato con un señor propietario, según el cual contrato el Ayuntamiento no podría nunca expropiar un solo pie de terreno sin quedar obligado a abonar a todos los demás propietarios el importe de los terrenos que hubiesen cedido gratuitamente.

Ahí tiene el señor Alzola la explicación de por qué el Ayuntamiento se negó a satisfacer la indemnización correspondiente al desmembramiento que experimentaban los propietarios con la construcción de los hoteles”.

### III. La polémica entre Unamuno y Alzola

Es hora ya de dar un paso más y de abordar ahora en sus aspectos más esenciales la polémica entre Unamuno y Pablo de Alzola.

Ya hemos dicho que todo comenzó con el artículo *Reflexiones sobre la próxima lucha*, que con razón inquietó a Alzola. Porque Unamuno, convirtiéndose un poco en el portavoz del pueblo bilbaino, quería que los candidatos a concejales del Ayuntamiento de Bilbao expresasen si estaban a favor de un crecimiento prudente y contenido de Bilbao o a favor de echar la casa por la ventana en aras de un crecimiento fantástico e irreal, si estaban a favor de un crecimiento parsimonioso, natural y no forzado, o a favor de un crecimiento artificial, que sólo serviría para que los que siempre estaban dispuestos a poner por encima de todo su interés y personal influencia aprovecharan la ocasión para sus deseos de negocios, para el agiotaje y la especulación de los terrenos y para ese conjunto de negocios de que era centro un parque cuya necesidad nadie veía. La Villa debía crecer de manera natural y no ficticia, bastándose para ello la iniciativa individual: no había ninguna necesidad de que

el Ayuntamiento hiciese, a costa de todos los vecinos de la Villa, planes ficticios en busca de hacer de Bilbao un segundo París, o simplemente planes innecesarios, como el parque... Si el interés privado se bastaba y sobraba, como se había visto, para dar impulso al Ensanche, el Ayuntamiento, “órgano del interés colectivo”, no debía intervenir para protegerlo, y menos a cuenta del resto: el Ensanche debía crecer, pero según sus fuerzas y no a expensas de la Villa. Actuar de otro modo sería tanto como permitir el mangoneo y “saqueo general” del municipio por agiotistas, tanto como ceder ante el “ensoberbecimiento” de los caciques, de los “muñidores electorales y acaparadores de cargos públicos”.

No pensaba lo mismo Alzola, que con motivo de todo esto creía estar ante el enfrentamiento de dos espíritus contrarios.

Uno de ellos, hecho de misonería y de rutina, estaría inclinado a denigrar, como diría en su artículo *Progreso de Bilbao durante el siglo XIX (Euskal-Erria, t.XXXVIII, 1898)*, todo lo presente y a ensalzar los tiempos de antaño. De hacer caso a este espíritu en la cuestión del Ensanche, una vez reformado el antiguo casco y su contorno, no habría nada más que hacer y la Villa quedaría “petrificada a manera de fósil”. Era el espíritu que animaba a todos los que no veían más que el presente, a todos los refractarios a las mejoras y reformas urbanas, cuya necesidad negaban sistemáticamente a pesar de que el continuo aumento del vecindario lo desmentía.

Otro espíritu distinto animaría a todos los que, escépticos ante esta supuesta vida tranquila y feliz de los tiempos pasados, eran amantes del progreso y no querían ni el estancamiento para Bilbao ni ninguna “ley de castas” egoísta, que sólo buscase el bienestar del Casco Viejo.

Animado por este espíritu progresista, Alzola estaba empañado en invalidar las razones que esgrimía el misonería de algunos:

a) No era cierto que la iniciativa privada se bastase y sobrara para el desarrollo de las poblaciones, debiendo limitarse la acción pública, como indicaba “la propaganda anarquista”, al modesto papel de inspectora de los trabajos realizados por particulares. Y menos en el caso de Bilbao, que desde siempre se había interesado por llevar a cabo importantes servicios públicos. ¿Que con sus intervenciones en la compra de terrenos para edificios públicos, plazas, escuelas, etc., encarecía los terrenos y favorecía a los especuladores? ¡Qué se iba a hacer! Era algo que se ajustaba a las leyes de la oferta y la demanda. El Ayuntamiento hacía lo que tenía que hacer sin preocuparse de que los negocios particulares fuesen buenos o malos.

b) El pasivo del Ayuntamiento era bastante menor de lo que se decía. Con cifras en la mano se podía demostrar el buen estado de la deuda municipal.

“Si, a pesar de tan satisfactoria situación económica, hay espíritus pusilánimes o apocados que pretenden se administre la Villa como el

tesoro de un avaro, amortizando codiciosamente su escasa deuda, y dedicando exclusivamente los ingresos ordinarios a impulsar los servicios públicos que reclama la inmigración de gente que invade su recinto y el progreso general de la cultura en sus diversos ramos, habrá que reconocer con profunda pena el entronizamiento de un período de decadencia, y al Bilbao amplio y hermoso que algunos soñaron con la instrucción generalizada y las artes florecientes reemplazará un villorrio extenso pero plagado de defectos y lunares”.

c) Un examen superficial (pero atento a las características de la contabilidad municipal) de los presupuestos permitía ver, igualmente, no esos derroches originados por el Ensanche de que hablaban algunos, sino, al contrario, la mezquindad con que se le estaba tratando. Esto era lo cierto, no esas sumas cuantiosas que el Ayuntamiento, según los enemigos del Ensanche, gastaba en la apertura de calles, en la expropiación de los terrenos para el mercado de el Ensanche, etc.

Unamuno, a quien había dolido que Pablo de Alzola, que ya anteriormente le había llamado *misonéista*, hubiese afirmado que la decadencia y petrificación de Salamanca le habían transmitido tristezas y pesimismo propios del Kempis<sup>4</sup>, aprovecharía su artículo, *El Bilbao del porvenir*, para dar su propia versión sobre el punto más interesante de la discusión que mantenía con Alzola, el *progreso* de Bilbao, o cómo el intervencionismo y proteccionismo del Ayuntamiento bilbaino sólo beneficiaba a los propietarios, no a los vecinos, que era para quienes estaba hecha la Villa.

Porque, ¿de qué *progreso* se trataba? ¿Del progreso entendido como lo entendía esa América del Norte en que continuamente estaban soñando los progresistas? Y lo más importante, ¿en qué iba a traducirse este progreso? Aplicado a Bilbao, este sueño progresista, hecho de lujo, de puro lujo, es decir, de parques, museos, palacios, etc., enriquecería a algunos propietarios, pero encarecería la vida de los vecinos, daría trabajo al obrero, pero no por eso éste se vería favorecido. ¿No se veía que eran cosas antitéticas buscar el bien del obrero y al mismo tiempo proteger a los propietarios de un Ensanche metido “en rutas de fausto y lujo y en vestidos de seda”? ¿No se le quitaría al obrero con una mano lo que se le daba con otra? Aplicado por caritativos (¿) propie-

---

<sup>4</sup> Nada tiene de extraño que nuestro criterio sea distinto, porque la diversidad de opiniones es cosa corriente en todo género de materias, y ahora que los sabios tratan de atribuir, con más o menos exageración, las diferencias regionales a circunstancias climatológicas y orográficas, podría quizá echar un cuarto de espadas para explicar el fenómeno del transformismo de una inteligencia de vasto vuelo que, colocada en el ambiente favorable de esas ciudades americanas creadas por ensalmo y desenvueltas con vertiginosa rapidez, entonarían entusiastas himnos al progreso, y que siente, en cambio, sin apercibirse de ello, la influencia del medio, en esas regiones petrificadas por letal decadencia, de iniciativas apagadas y entusiasmos muertos, en donde los más animosos para las tareas literarias y las especulaciones científicas se contaminan, sin sentirlo, de las tristezas y pesimismo del Kempis en cuanto atañe al progreso material de los pueblos”.

tarios, este “socialismo de municipio”, remedo del ensayo fatal del socialismo de estado alemán, predicado por E. Wagner y realizado por Bismarck, no enriquecería a todos. La riqueza pública encarecería la vida y haría más ricos a los ricos y a los pobres más pobres...

“Y es que, como dice el eminente economista italiano Aquiles Loria, cada vez se pone más clara la idea de la dependencia del Estado de las clases poseedoras de riqueza y de su impotencia fatal para mudar un sistema económico del cual es creatura y esclavo.

(...) Y digamos ahora, ¿qué sucedería si se apoderaran del municipio bilbaino algunos *propietarios* del Ensanche o de fuera de él, si dominaran en él y de él impulsaran a la Villa en ese camino de esplendores, de museos, de parques, de edificios públicos, de maravillas *yankees* de *progress and poverty*? ¿Qué sucedería si esos verdaderos socialistas del Municipio lo invadieran y quisieran desde él hacer de Bilbao *una de las primeras capitales de Europa* donde a todas horas resonara el himno al progreso, a *el mundo marcha*?”

Al Bilbao producto de especuladores favorecidos por el Ayuntamiento, era preferible, sin duda, el “Bilbao chiquito”, con su *aurea mediocritas* de riqueza bien repartida, sin grandes desigualdades, el Bilbao pequeño en que todos tenían lo suficiente para vivir con desahogo...

En su última contribución a la polémica, *Ventajas e inconvenientes de la riqueza*, Alzola, adoptando un tono de exaltación de la riqueza, tomaría a broma las efusiones, líricas y trasnochadas, que creía encontrar en estas afirmaciones de Unamuno, tan escéptico ante las ventajas del progreso moderno, tan receloso, hasta la monomanía, ante los propietarios y las grandes fortunas. “Aplicando esas teorías salvadoras de que no debe haber ricos ni pobres, es como se llega a fomentar las teorías socialistas”. Unamuno debía saber, para empezar, que la carestía de vida tenía más causas que la edificación de unas cuantas obras municipales, y en cuanto al progreso moderno y la búsqueda de la riqueza..., era necesario decir que las realidades del mundo moderno no casaban con extravagancias utópico-cristianas a lo Tolstoi. No se podía caer en la ridiculez de despreciar el “vil metal”. El dinero era necesario y con él podía hacerse toda clase de bienes si se usaba bien... y, si se usaba mal, de males como el agio insano y la especulación desenfrenada.

“Esta clase de delitos han servido de ariete al partido socialista para combatir la organización social de nuestros tiempos, porque esos grandes sindicatos, que promueven en ocasiones las bajas o alzas artificiales de mercancías y valores, arrasan cual ciclones asoladores a las pequeñas fortunas, que no tienen la prudencia de alejarse de los derroteros del agiotaje, y constituyen el lado inmoral de los negocios. Por lo demás, el organismo de las Sociedades anónimas ofrece otras ventajas incuestionables aplicado a las vías férreas,



a las industrias, a las compañías de seguros y a las edificaciones, como la forma más acabada de la agrupación de capitales”.

Pero ya que Unamuno tenía tanto interés en analizar el aspecto moral de la construcción del Ensanche, era necesario decir que nadie que pensase alto y sintiese hondo podía dejar de preocuparse del “problema social” generado por la riqueza, por las relaciones entre el capital y el trabajo. ¿Y qué solución se podía proponer si debía descartarse, por no ser para este mundo, la organización social ideada por el colectivismo? El capital, siempre que se acumulara por medios lícitos y morales, era algo legítimo, pero a la vez imponía deberes ineludibles de acuerdo con los preceptos morales y la idea de bien. Su aplicación a fines benéficos y filantrópicos contribuiría a poner remedio a los males económicos y sociales de la época presente.

En su también último artículo de la polémica, *El voto de los pobres*, Unamuno volvía, con motivo de *La Cuestión Social*, (artículo que *La República* había escrito como estrambote a los artículos de Alzola y cuyo contenido exacto no conocemos), a poner en relieve el aspecto moral que se escondía en el fondo de la construcción del Ensanche. Y es que, en el fondo, según diría varias veces Unamuno, la cuestión económica que se ventilaba en la construcción del Ensanche se resolvía en un problema moral, algo que no podía ser descuidado como si fuese intrascendente...

“No me entusiasma la demasía sino la repartición más equitativa posible, no el letargo sino el crecimiento orgánico.

Si me hieren los oídos los gritos de los aplastados bajo las ruedas de nuestro *progreso* económico, las explosiones de cólera y desesperación de los que gimen bajo la máquina del Estado burocrático más que los eructos de hartazgo de los beneficiados; si me parecen mil veces más elocuentes un George o un Marx que el aparatoso Pelletan o el idílico Bastiat, la culpa será de este mi espíritu, cuyo oído se abre más a las voces del dolor que a las del placer.

Cuando ronca de hartazgo el león que se ha devorado una oveja, el retintín de los balidos de ésta impídenos oír la satisfacción del noble animal.

Y si luego el león, acostado junto a los huesos que quedan de su merienda, empieza a filosofar ensartando, mientras digiere, toda la monserga de la lucha por la vida y la necesidad del desequilibrio, entonces..., la verdad, no podemos aguantar al noble animal”.

#### **IV. La incubación del socialismo de Unamuno**

¿Con qué podemos poner en relación estas dos posturas contrapuestas ante el fenómeno del Ensanche?

En el caso de Alzola es necesario recordar algunas cosas que ya hemos dicho, su gusto por la modernización económica y social, su aversión al misoneísmo, su deseo de llevar a la práctica las medidas innovadoras adoptadas por los países más avanzados. No es de extrañar que alguien (Antonio Bonet Correa) haya llegado a hablar, a propósito de Alzola, de “regeneracionismo” y de coincidencia con el programa de Joaquín Costa. Hay, ciertamente, además de la palabra *regeneración*, desarrollos muy significativos en cuanto a la necesidad de modernizar y europeizar España. Que se vea, sobre todo, su preocupación por la enseñanza o lo que hay detrás de los clarividentes análisis de un libro que ha pasado últimamente desapercibido, *El problema cubano* (Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán, T.XXIX, 1898), donde califica la guerra con los Estados Unidos de “acto de enajenación mental”. ¿No decía también en la página 6 de éste mismo libro que su derrota en las elecciones de 1896 a diputado “sólo merece mención por haberme cerrado las puertas del Parlamento en donde hubiera planteado con valor cívico –muy raro, por desgracia, en España-, el debate sobre las desdichadísimas bases con que se plantea la represión de la rebeldía cubana”? En otro lugar (*El Régimen Económico-Administrativo...* p.390), hablaría de la “liquidación del deplorable negocio antillano”. ¿Regeneracionista, pues? Quizá él se hubiese conformado con ser uno más de aquellos “amigos del País” tan preocupados por los adelantos y reformas del País vascongado. De hecho fue socio de mérito de la Sociedad Bascongada de Amigos del País. Pero merecería la pena seguir estas todas estas pistas... Habría que tener también en cuenta algo que Benet mismo recalca en otro momento, el lugar de privilegio que las sociedades de la segunda mitad del siglo XIX empezaron a hacer al ingeniero, promovido a la categoría de nuevo demiurgo.

En el caso de Unamuno es necesario poner en relación sus intervenciones contra los caciques bilbainos en las elecciones generales de marzo de 1893, o su polémica ensanchista con Pablo de Alzola en las municipales previstas para mayo del mismo año, con la lenta, laboriosa pero inequívoca incubación de su vocación socialista. Si esto es así, su entrada en la *Agrupación Socialista de Bilbao* en octubre de 1894 no sería fruto de una decisión repentina... La cosa no es impensable, porque él mismo nos habla varias veces de un período de maduración socialista previo a su adhesión militante. Su interés por la propaganda socialista formaría parte de las “inflexiones” a que, una vez conseguida la cátedra de griego, sometió a sus principales preocupaciones de entonces. El deseo de dedicarse a un gran ideal humano, a un estilo de vida exaltante, estaría, sin duda, en el origen, tanto del desinterés paulatino por las investigaciones filológicas como de su interés creciente por las preocupaciones filosóficas, literarias... y socialistas.

Antes de 1892 existen, pero no abundan, desarrollos que remitan a su interés por los fenómenos económicos y sociales unidos al proceso de industrialización, es decir, a una incipiente orientación socialista de su espíritu. A par-

tir de 1892, sin embargo, todo se hace más desarrollado, más explícito, aunque no logremos siempre satisfacer del todo nuestros deseos de saber más y mejor.

Por los artículos de este último año, sobre todo la serie escrita durante los meses de febrero y marzo en *La Democracia*, *El movimiento socialista*, en que por primera vez aborda de manera desarrollada el problema del socialismo, se ve claro que está al tanto, por ejemplo, de la huelga de 1890 en Vizcaya y de la intervención en ella del general Loma, lo mismo que del resultado de las elecciones municipales de 1891 en Bilbao, "cuando los socialistas, bien unidos, sacaron a flote cuatro candidatos mientras luchaban unos republicanos contra otros". Y lo que aún es más significativo para nosotros, deplora la explotación obrera, la proliferación del agio y del juego al amparo del florecimiento fabril y mercantil de Vizcaya, la enemiga de los republicanos ante los socialistas, a los que también Unamuno echa en cara ciertas tendencias equivocadas, como la de confiar excesivamente en la conquista del poder y quizá aún más especialmente la de ceder, a veces, a los deseos, propios de los partidos burgueses, de fabricar doctrinas, de desarrollar teorías como la del socialismo científico, o de imaginar proyectos de organización social en lugar de potenciar lo que era en realidad el movimiento socialista, comunión en idéntico ideal de protesta, deseo de suscitar pasiones contra la injusticia, aspiración a unir voluntades contra la burguesía.

Unos pocos días antes de dar fin a esos artículos socialistas escritos en Salamanca (20-III-1892), dirá, una vez más, a su amigo Pedro Múgica:

"He leído lo que mis correligionarios de ahí, los socialistas, han hecho. Yo hago propaganda francamente socialista desde un periódico de aquí; embisto a la burguesía y sobre todo a los republicanos. Envío números a Iglesias y Perezagua. Buscaré ejemplares y se los remitiré".

¿Y los combates bilbainos de 1893? No es cuestión de repetir todo lo que al analizarlos hace un momento nos ha sido fácil ver, especialmente cómo era en nombre de una indignación moral de inspiración socialista como luchaba contra los caciques bilbainos, contra el "gravísimo estado moral" que por su culpa era posible ver bajo la cuestión económica del Ensanche. ¡Menuda desfachatez la de esos corrompidos e inmorales caciques, que se presentaban como la "candidatura del trabajo", como amigos de los obreros! Hechos "piña apretada" (muy especialmente los que se reunían en torno a Víctor Chávarri Salazar), sólo buscaban mangonear en las elecciones para sacar adelante sus negocios personales, sus agios y especulaciones, siendo capaces de todas las trapacerías con tal de salirse con la suya. Con la construcción del Ensanche, por ejemplo, sólo ellos saldrían ganando, sólo ellos redondearían sus negocios a costa del dinero municipal. Los obreros, a quienes pertenecía en su mayor parte ese dinero, no ganarían nada con tales amigos: por mucho trabajo que

se les ofreciese, sólo verían el encarecimiento de la vida y el empeoramiento de su suerte...

Imposible leer esas polémicas bilbainas, si no se le supone a Unamuno inquietudes socialistas, a veces muy patentes, como en los últimos artículos de la polémica con Alzola. Él, en cualquier caso, tenía la sensación de obedecer a esa inspiración socialista cuando se preocupaba por el aspecto moral de la construcción del Ensanche, es decir, cuando atacaba, tanto a los propietarios, sus agios y especulaciones, como al Ayuntamiento, que parecía empeñado en promover una especie de “socialismo de municipio”, un falso socialismo que no hacía sino favorecer a los propietarios y perjudicar a los obreros.

No tenemos, pues, ninguna dificultad en atribuir a una incipiente orientación de su espíritu lo principal de sus intervenciones contra Alzola. Más difícil nos resulta dar a ese socialismo un contenido preciso.

Hay que tener en cuenta que Unamuno se está haciendo sus propias y muy personales ideas socialistas y que, por eso, es posible que, reunidos y leídos todos los momentos “socialistas” de Unamuno, creamos estar ante una especie de magma confuso, hecho de desarrollos escasos, inconexos, discontinuos, poco sistemáticos, reacciones ante cuestiones del momento, por no hablar de lo que algunos estaban tentados por llamar “utopías vagas e indeterminadas, nebulosidades poco prácticas”, y de lo que él se defendió diciendo que, después de todo, escribía para que al leerle se pensase en estas cosas, “y no para presentar un programa realizable”. ¿Un socialismo, por lo tanto, escurridizo e inaprensible? No del todo. Hay algunas cosas bastante claras y que permiten un inicio de caracterización, como, por ejemplo, su concepción del socialismo como algo antiintelectualista, emocional o instintivo. Intentemos explicitarlo.

Lo que estaría en el origen del movimiento socialista no son las doctrinas de algunos pensadores sino las hondas e íntimas condiciones sociales de existencia, tan hondas e íntimas que tendrían el efecto de remover, a su vez, las fibras psicológicas más profundas, de afectar lo que en los hombres es más íntimo, sus emociones y pasiones. El socialismo, pues, en que estaba pensando Unamuno, se vivía más que se pensaba, era más corazón y voluntad que razón, más impulso emotivo que idea clara, más una fe que un dogma, más sensibilidad moral que noción ideológica clara, más un impulso emancipatorio que contenido muy concreto, más un *élan* que un programa muy definido, es decir, su protesta indignada y apasionada contra los valores de la sociedad burguesa tenía un contenido eminentemente emocional. Ahí estaba la fuerza que le haría triunfar. Porque lo que, a su juicio, movía al pueblo, lo que ponía en movimiento a las voluntades obreras, lo que les impulsaba a la acción de protesta y de reivindicación no eran tanto las teorías y proyectos de organización social sino los ideales vagos e inconcretos, las aspiraciones profundas semi-inconscientes sostenidas por pasiones y sentimientos profundos.

Un instinto seguro, por lo tanto, guiaría a los socialistas cuando no se dedicaban (ni debían dedicarse) a perder el tiempo en exponer detalladamente la organización futura de la sociedad sino que, en lugar de eso,

“truenan contra la burguesía, amenazan, excitan y despiertan en los espíritus de los obreros el fondo común que ha de darles conciencia de clase.

En vez de un proyecto de reorganización social, este sencillo lema: 8-8-8. Ocho horas de trabajo, ocho de descanso, ocho de estudio. Es una fórmula admirable que por su precisión y su simetría ha hecho milagros”. (27-III-1892)(122).

Un poco más adelante, ya afiliado al Partido Socialista, seguirá defendiendo la idea de un socialismo esencial y profundo, de fe, no de dogma, seguirá poniendo en el origen del socialismo y de los movimientos obreros, no doctrinas y teorías socialistas, sino un estado determinado de la conciencia pública, “anhelos y deseos vagos, informados, indefinidos, que se revelan de mil modos y que cada cual de los que lo sienten traduce a su manera”, “anhelos oscuros de las masas obreras, que han logrado conciencia de sí mismas y de su poder”, y que era inútil, por lo tanto, querer parar “esa vasta oleada de sentimiento público” que es el socialismo refutando las teorías y doctrinas de los teorizantes que lo defienden. Lo mismo que el dogma daría forma a la fe, que es lo profundo y lo anterior, los teóricos del socialismo sólo habrían dado forma a esas fuerzas profundas preexistentes...

El socialismo, en resumidas cuentas, no tenía ni un origen, ni un contenido intelectual, o al menos, no era eso lo más importante, pudiendo decirse de él, como del carlismo, que era más comunión que una doctrina con un programa bien perfilado.

Es de aquí de donde se deriva algo de lo que uno se da rápida cuenta cuando lee los artículos de Unamuno, su indudable indignación obrerista, su preocupación por el nivel de vida de los más desfavorecidos, de los más débiles, de los que sufren la “ley férrea de los salarios”, de los aplastados bajo las ruedas del progreso económico, en resumidas cuentas, su mayor simpatía por “las explosiones de cólera y desesperación de los que gimen bajo la máquina del estado burocrático” que por los “eructos de hartazgo de los beneficiarios”.

De aquí, igualmente, se deriva la aversión durante todo este tiempo ante el socialismo científico de Marx y de Engels, o ante la confianza, por ejemplo, de los partidos republicanos en la capacidad de la acción política para conseguir en el marco de la sociedad burguesa la transformación social.

No hay, sin embargo, que exagerar. El socialismo no agotaba todos sus argumentos en los resortes emocionales e instintivos, o dicho de otro modo, Unamuno (en un claro anticipo de aquello que dirá más tarde: “lo irracional pide ser racionalizado, y la razón sólo puede operar sobre lo irracional”) no

renunciaba por completo a razonar sus pasiones y emociones, también sabía encontrar “razones” justificativas de la indignación obrera, sabía unir a lo emocional lo reflexivo y científico, al músculo cordial el “hueso” analítico. En este caso, ya lo hemos dicho, no tenemos que mirar por el lado del socialismo científico, sino que hay que hacer un sitio especial, más que a ningún otro autor, a las teorías de H. George (1839-1897), autor de un libro que tuvo un enorme éxito entonces, *Progress and Poverty* (1879), que demostraba que la renta del suelo era la causa de todos los males y el impuesto único sobre la tierra su mejor remedio. Es, sin duda, aplicando al suelo urbano las ideas de este economista reformista, empeñado en “socializar la renta de la tierra” por el impuesto único, como criticará a los propietarios y especuladores del Ensanche. El texto más claro de esta influencia es un poco posterior a la disputa con Alzola. Se halla en una carta a Pedro Múgica en la que pedía “cargar todos, absolutamente todos los impuestos sobre la propiedad del suelo”. Pero las ideas de H. George ya están presentes antes, en los mismos artículos de esa disputa, especialmente dos de ellas, la de que son los propietarios los únicos que se enriquecen, y la de la polarización social o cómo los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres más pobres. Al artículo *El porvenir de Bilbao* (*El Nervión*, 24-IV-1893) pertenecen estos dos textos:

“Y no se nos diga que si crece la riqueza pública ganan todos los vecinos, porque esto no es verdad. Cuanto más se enriquecen los ricos, los pobres se empobrecen más, y en la rica Inglaterra, junto a fabulosas fortunas se mueren de hambre, y de la peor hambre, de hambre entretenida, millares de personas”.

(...) Y si hoy todavía no es por este lado muy grande en Bilbao el peligro, puede llegar a serlo si encareciendo la vida, aumentando los obreros y no su jornal medio, y a la vez levantando en el Ensanche una de esas maravillas norteamericanas, crece la riqueza pública en provecho de algunos señores *propietarios* de ese extraño modo que consiste en aumentar la suma total de las fortunas, haciéndose cada vez más ricos los ricos y menos en número, y más los pobres y cada vez más pobres”.

Bien miradas las cosas, quizá los desarrollos socialistas de Unamuno resulten escasos y confusos, incluso en algún momento desconcertantes, teniendo en cuenta, entre otras cosas, la ausencia de cualquier mención a la socialización de los medios de producción. ¡Pero ya había dicho que no escribía para presentar un programa socialista realizable sino para dar pie a que “se pensase en estas cosas”! Y, sobre todo y muy especialmente, nada de esto es definitivo. Todavía estamos en abril de 1893, todavía faltan dieciocho meses para su entrada en la *Agrupación Socialista de Bilbao*. No es cuestión, pues, de sacar aún conclusiones definitivas... Habrá que seguir examinando los siguientes momentos de que consta la curva evolutiva de su socialismo.

## V. El Casco Viejo contra el Ensanche

Una última pregunta antes de poner punto final a este artículo. Hemos visto que ha sido en nombre de una sensibilidad socialista, de un indudable afán de Justicia, como Unamuno ha mantenido su polémica contra los ensanchistas. Él mismo así lo creía y nosotros no podemos decir que no. Pero, ¿no queda algo de las acusaciones que le hacía Pablo de Alzola, de *misoneísta*, de estar contagiado de las tristezas del *Kempis*, de enemigo del Ensanche, de estar sólo a favor del Casco Viejo, de ser, en resumidas cuentas, muy escéptico ante las ventajas del progreso humano? A pesar de que dijese que le enamoraba "el fomento de los intereses materiales y de la riqueza pública" y que sólo atacaba lo mucho de anómalo y violento que había "en el actual estado de cosas", ¿no habría en él una gran parte de aquel estado de espíritu que Alzola creía necesario combatir para que Bilbao pudiese pasar de villa modesta a grande e importante población?

"Para conseguirlo, es preciso combatir con decisión en todo lo relacionado con el desenvolvimiento de esta capital las ideas estrechas y mezquinas por medio de una propaganda activa y constante, que logrará abrirse camino en la opinión recta e imparcial, y si fuera preciso hacer un deslinde de campos en estas materias ajenas por completo a los partidos políticos sería en todo caso entre los que miran atrás y adelante, entre los que creen que se ha adelantado ya bastante, siendo lo mejor vivir al día y sin preocuparse poco ni mucho del porvenir, y los que teniendo, por el contrario, fe en el progreso de Bilbao, piensan que las poblaciones no se crean al azar, sino con cálculo y previsión, y enarbolan con entusiasmo, aunque con juicio, para no comprometer el crédito municipal, la bandera que ostente el lema *Aurrerá*".

Ya en los artículos que estamos comentando, especialmente en *El Bilbao del Porvenir*, donde atacaba el "sueño progresista" de hacer de Bilbao una de las primeras capitales de Europa, aparecía claro algo que no deja de sorprendernos, que el Bilbao de sus sueños era el "Bilbao chiquito", de "sano bienestar y moderada riqueza", es decir, un modelo económico-social anterior al desarrollo industrial y a las preocupaciones ensanchistas.

"Animoso era el Bilbao pequeño de mediados de siglo, pero aquel Bilbao chiquito, cuyo núcleo eran bien acomodados mercados, no conoció tantas jaulas de grillo con nombre de casas, donde se almacenan obreros, no conocía las huelgas, no conocía el socialismo de los pobres.

(...) El nervio, el verdadero nervio de esa hermosa actividad que en la historia ha desplegado nuestra Villa, estribaba en la repartición de la riqueza, en que no había como en otras partes tres o cuatro potentados en un pueblo de gentes empobrecidas y esclavas (ricos

que se duermen en su riqueza más que suficiente y pobres amodorrados en su pobreza) sino que todos tenían lo suficiente para vivir con desahogo y no lo sobrado para amodorrarse.

De aquella *aurea mediocritas*, bien repartida, brotaron indomables y poderosas energías”.

Y en esto Unamuno no cambiará nunca, actuando en adelante como si estuviese dominado por una cierta dificultad para seguir a Bilbao en sus cambios... El Bilbao al que por todos los poros de su alma seguiría apegado sería el de su niñez, el viejo Bilbao mercantil que le dio el primer fomento, el Bilbao al que acudían por la ría toda clase de mercancías materiales y espirituales, y del que salían productos industriales como aquellos *Bilboes* de que habla Shakespeare. El Bilbao de sus sueños y recuerdos, el Bilbao con el que creía estar en deuda, ¡hasta tal punto le debía lo mejor de sí mismo!, sería éste, el Bilbao de los escritorios de comercio, de los corredores, de los tenderos, de pequeña burguesía y clase media. No se hallaría del todo a gusto con el otro Bilbao que le tocó también vivir, el Bilbao de los bizkaitarras, que despreciaban a los maquetos y dividían a sus vecinos en “índigenas y advenedizos”, y el de los socialistas y las agitaciones obreras, acusándoles a los dos, a partes iguales, de haber echado a perder el Bilbao liberal, el viejo liberalismo bilbaíno, más producto mercantil que industrial, más de almacén que de fábrica. Reconocía, eso sí, que el crecimiento de Bilbao era inevitable e imparable, pero eso valdría para otros, para los que vendrían por detrás, porque a él, cuando pensaba en el Ensanche, lo que le subía a la mente no era la nueva urbanización con construcciones para los nuevos ricos, sino un “paisaje del alma” anterior, que lo situaba en torno a 1874.

“Hace pocos días recorría con unos amigos la cima de Archanda y hablábamos de todo esto, mientras contemplaba este Ensanche, fruto del progreso material de este mi pueblo, pero que para mí es como la tumba ornamentada de las estradas de Albia, y lo que entonces pensaba os lo diré ahora”<sup>5</sup>.

Y se podrían multiplicar otras muchas citas en el mismo sentido. Sólo una, que pertenecen a un artículo de 1911.

---

<sup>5</sup> *La enseñanza de la gramática* (Texto publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid. Año XXX, núm. 561, 31 de diciembre de 1906, págs. 353-362; en gran parte reproducido en *La Lectura*, Madrid, febrero, 1907, páginas 188-195) in *Conferencias y discursos*. Madrid. Escel., 1966, p. 164.

“¡Oh, aquel Bilbao de 1874, cuando eran estradas festoneadas de zarzales, con sus rosas silvestres, las que hoy son calles en el Ensanche! ¡Aquel Bilbao de la plaza de la República de Abando, de la plaza de Albia, adonde solía ir los domingos a presenciar los corros de bailes aldeano aquel Antón, el de los cantares, que hoy, en imagen de bronce, medita en el lugar en que fue la plaza!”. *Del Bilbao mercantil al industrial* (En *El Liberal*, Bilbao, 1 de enero, 1924) in *Del País Vasco.-O.C.*, T. I. Escel, Madrid. 1966, p.541.



“Recuerdo aquel Bilbao plácido y familiar, mercantil más que industrial, sencillo y alegre, que llegué a columbrar en mi infancia cuando ya declinaba apuntando esta villa de huelgas y los agios. Me noté en aquel Bilbao provincial, verdaderamente provincial – o si queréis provinciano-, en aquel Bilbao que cantaba las excelencias de su puente colgante y de su modesto, modestísimo paseo del Arenal. Era aquel Bilbao cuya vida encontraban tan dulce y tan grata los forasteros que a él llegaban.

He conocido huertas donde crecían higueras en que cantaban los pájaros donde hoy se extienden calles llenas de bullicio y para mí de tristeza. He paseado en las tardes dulces de los otoños de mi mocedad por silenciosas y solitarias estradas festoneadas de setos de zarzamoras, donde hoy son solares de construcción. Y lo que es hoy aquí tradición para muchos es una perpetua novedad para mí.

Tenéis un hijo, le veis nacer, crecer, formarse y gozáis asistiendo a su desarrollo de vida. ¿Pero no hay algo melancólico en ello? ¿No quisiérais alguna vez detenerle en su desenvolvimiento y ver si hay modo de que no deje de ser lo que es, aun cuando a la vez se haga otra cosa? ¡Qué profunda melancolía hay en aquella frase corriente y ya estereotipada que suelen decir los padres a sus amigos y coetáneos cuando tienen delante a sus hijos: ¡éstos... haciéndonos viejos! ¡Haciéndonos viejos! Sí, así es, los hijos son los que nos hacen viejos. Pero la gloria de un hombre es hacerse viejo así, por sus hijos, y acaso nuestra edad más dichosa sea la vejez después de una vida bien aprovechada. Una vejez larga y sana, rodeado de hijos y de nietos numerosos que viven por sí, ¿hay acaso en la mocedad y en la edad viril placer como éste? Es el supremo placer de no haber vivido en vano, es el placer de vivir en un mundo de recuerdos preñados de esperanzas de un más allá.

Pues algo así debe de ocurrir al que ve crecer, formarse y desarrollarse al pueblo en que vive y que es, en cierto respecto, más bien que su padre, su hijo. Comprendo, sí, el placer de estos industriosos paisanos míos al ver que su pueblo crece y que es el más viejo de sus seis puentes el llamado Puente Nuevo. Comprendo este placer en los que han vivido en su pueblo día a día y se han formado y han crecido con él. El pueblo les hace viejos, mas a esta melancolía de envejecer se une el consuelo de haber vivido, de haber contribuido a la formación del pueblo. Pero el que dejó a su hijo todavía pequeñuelo y vuelve a verle al correr de los años y le encuentra formado ya, y acaso a primeras no le conoce y el hijo tampoco a él... Pues a mí, aunque desde que me fui de esta villa hace ya veinte años he venido casi todos los veranos a descansar por lo menos un mes en ella y a refrescar los recuerdos de mi niñez y mi mocedad,

a mí, digo, el crecimiento de Bilbao me produce un sentimiento así como el que produciría a un padre volverse a encontrar con un hijo, desconocido ya. Hay ya aquí gentes nuevas; hay un nuevo Faraón que no conoce a José<sup>6</sup>.

Que a nadie engañen, por tanto, algunos momentos en que parece (sólo parece) ceder y aceptar gustoso las nuevas realidades. No podría nada contra sus recuerdos: el Bilbao suyo sería decididamente el Bilbao de “las magnolias perfumadas de la Plaza Nueva”, aquel en que su mente se abrió a la luz y al aire de la vida su corazón. Por eso su paulatina desaparición le sumergía en inevitables pensamientos melancólicos. Digamos, pues, que en la cuestión del Ensanche no sólo protestaba en nombre del socialismo, sino también en nombre de su corazón.

### **Libros**

EREÑO ALTUNA, J.A. *Lucien Febvre: combates por el socialismo*. Ed. Universidad de Deusto. Bilbao, 1994.

EREÑO ALTUNA, J.A. *Miguel de Unamuno y Jugo. La unión constituye la fuerza*. Bilbao, 1994.

EREÑO ALTUNA, J.A. *De psicología de los pueblos y de folklore. Con motivo de tres textos desconocidos de Unamuno*. Bilbao, 1995.

EREÑO ALTUNA, J.A. *Cartas de Ciro Bayo a Unamuno. Un diálogo difícil*. Bilbao, 1996.

EREÑO ALTUNA, J.A. *Miguel de Unamuno. Crítica sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*. Ed. Beitia. Bilbao, 1997.

EREÑO ALTUNA, J.A. *Antonio de Trueba. Literatura, historia, política*. Bilbao, 1998.

EREÑO ALTUNA, J.A. e ISASI SASETA, A. *Miguel de Unamuno y Jugo. Escritos Bilbainos (1879-1894)*. Bilbao, 1999.

---

<sup>6</sup> Desde Bilbao. -*La Nación*, 13 de octubre de 1911, in *Unamuno. De patriotismo espiritual*. Artículos en *La Nación* de Buenos Aires. 1901-1914. Ediciones Universidad de Salamanca, págs. 250-1.